

Estudios psicosociales y psicología: ¿un enfoque crítico está emergiendo?*

Psychosocial Studies and Psychology: Is a Critical Approach Emerging?

Stephen Frosh

Birkbeck College (Reino Unido)

Resumen

En este artículo se describe un tipo de estudios psicosociales que adopta una actitud crítica hacia la psicología en su conjunto, arraigándose empero en un intento de teorizar al “sujeto psicológico”. Los principios para el trabajo en estudios psicosociales son aquí discutidos a partir de la labor que se realiza en el departamento de psicología de un centro universitario. Tales principios son: la preocupación por el sujeto como entidad social; el interés por el surgimiento de la subjetividad en el ámbito social; el interés por la crítica, definida como una preocupación por cuestiones ideológicas en la psicología; pluralismo metodológico, incluyendo una reivindicación del valor de la investigación cualitativa y teórica, así como de la investigación cuantitativa más tradicional; pluralismo teórico, incluyendo el interés por discursos tradicionalmente marginados en la psicología académica (como el psicoanálisis, la teoría de sistemas, teoría feminista y la fenomenología); interés por enfoques inter y transdisciplinarios de la teoría e investigación psicológica, y el interés por el cambio personal y social, incluyendo la psicoterapia. También se describen aquí algunas problemáticas que complejizan el proceso y el contenido de este tipo de trabajos.

Palabras clave: psicología crítica, ideología, estudios psicosociales, investigación cualitativa.

Abstract

This article describes a brand of ‘psychosocial studies’ that adopts a critical attitude towards psychology as a whole, yet remains rooted in an attempt to theorize the ‘psychological subject’. Principles for psychosocial studies work of this kind are discussed, arising out of the actual work of one academic center within a university department of psychology. These principles are: concern with the

* Traducido por Josué Ávalos y Gabriela Almonte a partir del original en inglés: Psychosocial Studies and Psychology: Is a Critical Approach Emerging? *Human Relations* 56(12), 2003, 1545–1567. Publicado originalmente por *SAGE Publications* 2003. Los traductores y *Teoría y Crítica de la Psicología* han adquirido los derechos para la publicación de la versión castellana. Revisión final de Óscar Ceja y Christian Merino.

human subject as a social entity; interest in the emergence of subjectivity in the social domain; interest in critique, defined as a concern with ideological issues in psychology; methodological pluralism, including an active assertion of the value of qualitative and theoretical research, as well as more traditional quantitative research; theoretical pluralism, including interest in discourses traditionally marginalized in academic psychology (e.g. psychoanalysis, systems theory, feminist theory, phenomenology); interest in inter- and transdisciplinary approaches to psychological theory and research; and interest in personal and social change, including psychotherapy. Some complicating issues relating to the process and content of this kind of work are also outlined.

Keywords: critical psychology, ideology, psychosocial studies, qualitative research

Introducción

Alguna vez hubo pocas dudas de que la psicología debería ser considerada como la “ciencia de la conducta” y que –por tanto– debería aspirar al rigor aparente de las ciencias naturales, y, sobre todo, ser capaz de distanciarse de las artes. Esta noble ambición se ha ido desvaneciendo a pesar de los repetidos intentos de los/as psicólogos/as por establecer credenciales científicas en pleno derecho –sobre todo en estos días– a través de la neurociencia (que, en efecto, parece ser científica) y la psicología evolutiva (que seguramente no lo es, si el respeto por la evidencia y argumento académico es un sello distintivo de la visión científica del mundo (Rose y Rose, 2001). Lo que se ha hecho cada vez más evidente es que la psicología es una disciplina ampliamente pero no exclusivamente empírica, muy borrosa en los bordes en los que se combina con la sociología, la biología, la ciencia del cerebro y las humanidades, y se ha constituido tan discursivamente como cualquier otra área del conocimiento.

Suficiente investigación de inspiración foucaultiana ha corrido bajo el puente de la psicología académica y clínica (Henriques et al, 1998; Rose, 1999) para que quedara bien establecido que la psicología surge de un conjunto de percepciones acerca de la individualidad y del “sí mismo” que a su vez están conectadas con la hegemonía de construcciones particulares de la realidad social –por ejemplo, la creencia de que existe una cosa tal como un sujeto humano delimitado, en el cual la biología y la psicología están estrechamente ligadas, y que puede ser estudiado como un objeto coherente de conocimiento.

La tradición empírica sigue siendo dominante en la psicología, en parte por razones políticas (vale la pena tener una disciplina registrada como ciencia), pero mayormente debido al continuo dominio de la visión modernista del progreso a través de los avances tecnológicos. Saber más, controlar mejor, intervenir con más poder –éstas son las aspiraciones no sólo de la industria farmacéutica (para la cual la palabra compuesta,

psico-biológico, es clave), sino también de la gama más amplia de psicólogos/as que pueden pensarse, básicamente, como en un viaje de descubrimiento y conquista. Sin embargo, lo que es evidente es que, aunque los mapas del cerebro puedan ser cada vez más precisos e interesantes, y la inteligencia artificial más inteligente, la psicología en su totalidad no se desarrolla de una manera lineal descubriendo los misterios de una vez por todas a medida que avanza, sino más bien se desarrolla cíclica y alusivamente, algunas veces produciendo *insights*, no con poca frecuencia influyendo en las formas como nos conceptualizamos, y a menudo retornando bruscamente a donde se comenzó. Al hacerlo, la psicología actúa más como las humanidades al profundizar en sus observaciones más que en acumular conocimientos; es también muy similar a otras ciencias sociales al incrementar la comprensión local sin dar un paso gigante hacia lo universal.

Una gran variedad de cuestiones surgen de lo anterior. En primer lugar, la psicología es una rama de actividad que tiene sus propias cargas ideológicas y por lo tanto políticas –un punto de vista diferente del adoptado por aquellos que reclaman para ella algún tipo de “neutralidad científica”. De tiempo en tiempo, la psicología no sólo ha sido utilizada activamente por los gobiernos, también es parte de los aparatos de selección, clasificación y tratamiento del Estado –como se vio en la educación y la salud, así como en la administración, la policía y la milicia (Burman, 1994). En segundo lugar, el énfasis en el individuo como objeto de conocimiento es un enfoque con afirmaciones ideológicas específicas que pueden ser vistas más claramente en los supuestos acerca de la relación entre lo individual (visto como “personal”) y lo que es social.

En particular, la estricta división entre lo individual y lo social se arriesga entre la Escala de reducir uno a lo otro (de modo que, por ejemplo, lo social es visto nada más como las interacciones libres de las personas, o el individuo es visto como constituido totalmente por su entorno social, clase, género o posición de “raza”) y el Caribdis de esencializar cada elemento de modo que lo social está “excluido” de las discusiones sobre lo individual, o viceversa. Supuestos como estos son los que el trabajo psicosocial se propone explorar.

Esto no quiere decir que los estudios psicosociales actúen necesariamente en un marco deconstruccionista cuando enfrentan las ambigüedades de la relación entre lo psíquico y lo social. A menudo, como una revisión de la literatura en el área lo revelará, el término “psicosocial” se utiliza para referirse a un número de artículos relativamente convencionales que se ocupan de la adaptación social o las relaciones interpersonales, por ejemplo. Mucho más raros dentro de la literatura psicológica son los intentos de examinar lo psicosocial como una entidad sin costuras, como un espacio donde las nociones que son convencionalmente distinguidas –“individuo” y “sociedad” siendo las

principales– están más bien pensadas como unidas, íntimamente conectadas o posiblemente incluso como siendo la misma cosa. Una razón para dicha rareza, presumiblemente entre varias, es la enorme dificultad para conceptualizar lo “psicosocial” como una entidad entrelazada con todas las imponderables cuestiones que plantea: por ejemplo, ¿existe ante todo un monto de “inconmensurabilidad” entre lo psicológico y lo social, un límite para el grado en el que los dos se puedan realmente pensar unidos? En otras palabras, ¿hay algo de insoluble en cada una de las dos partes de ese todo-fundido, de modo que si se renunciara a una y se trabajara sólo con lo preestablecido disciplinariamente (“individuo” o “sociedad”) la otra quedaría en el aire?

La complejidad de forjar la presencia de los estudios psicosociales en *psicología* se refleja quizás en el hecho de que, en Gran Bretaña, sólo pocas iniciativas para la creación de centros o departamentos de estudios psicosociales parecen haber surgido desde la disciplina de la psicología. Por ejemplo, la Escuela de Trabajo Social y Estudios Psicosociales de la Universidad de East Anglia, como su nombre lo indica, nació de la Escuela de Trabajo Social como una respuesta directa a recortes en los fondos del gobierno para los periodos de entrenamiento en los años noventa. El programa de licenciatura en estudios psicosociales se enfoca “en el estudio científico de las relaciones humanas en un contexto social” (www.uea.ac.uk/swk/history); su sitio de internet anuncia que “al tomar de la psicología y las ciencias sociales esas teorías que arrojan luz sobre las interacciones del mundo real, el programa explora la forma en que se pueden utilizar en situaciones prácticas” (www.uea.ac.uk/swk/pss).

La inspección del curso sugiere que, aunque haya una fuerte representación de la psicología en el plan de estudios, éste se centra en la psicología aplicada en contextos sociales con la visión de producir egresados/as que van a trabajar en “profesiones de servicios humanos” (www.uea.ac.uk/swk/pss). Los intereses investigativos de los miembros del personal académico también están claramente localizados en la aplicación y evaluación de las intervenciones psicológicas y los programas de asistencia social.

El área de Estudios Psicosociales de la Universidad de East London (UEL) ha existido como un cuerpo docente desde mediados de los años ochenta “cuando fue creado en base a los intereses de un grupo de académicos y en respuesta a la demanda de los estudiantes por cursos que trataran de dirigirse a ambas realidades, tanto a experiencias individuales como a procesos sociales de gran escala” (www.uel.ac.uk/socialsciences/human-relations/psychosocial). Sus orígenes recaen predominantemente en la sociología, aunque lo distintivo del enfoque de la UEL es su conocido interés en el psicoanálisis aplicado a la esfera cultural y social; mismo que ha incluido, y sigue incluyendo, fuertes vínculos con la clínica Tavistock. La página web confirma la tendencia más psicológica

de los estudios psicosociales de la UEL con el anuncio de un tema común a través de sus cursos: “un compromiso con el trabajo interdisciplinario; puente entre el enfoque individual de gran parte de la psicología y la preocupación de las ciencias sociales por la sociedad, la historia y la cultura” (www.uel.ac.uk/social-sciences/human-relations/psychosocial). Sin embargo, también está claro que las condiciones para el surgimiento y el mantenimiento de esta inquietante área de estudio no han tenido vínculos estrechos con el departamento de psicología de la UEL; en cambio, ha formado su eje central en el departamento de relaciones humanas, el cual tiene sus raíces en los trabajos sociológicos y culturales. En este sentido, los estudios psico-sociales que ofrecen nuevas formas para explorar las relaciones entre los individuos y su sociedad, que abarcan tanto el enfoque individual de la psicología como intereses culturales e históricos más amplios de la sociología y que proveen una oportunidad única para estudiar una psicología “consciente socialmente”, a la par de una sociología “sensible a la individualidad” (www.uel.ac.uk/social-sciences/human-relations/psychosocial), están ofreciendo una alternativa a la psicología universitaria y no precisamente en diálogo con ella.

Esta separación entre la psicología y los estudios psicosociales también es evidente en una tercera y nueva iniciativa de las universidades británicas, el Centro de Estudios Psicosociales de la Universidad del Oeste de Inglaterra. Este centro tiene una teoría social muy sólida y un enfoque de relaciones grupales que encuentra sus raíces en el psicoanálisis aplicado al ámbito cultural. Su descripción deja claro que no es una iniciativa psicológica en el sentido habitual de la disciplina: “Estamos preocupados por la aplicación de dichas perspectivas a las cuestiones organizacionales, sociales y políticas, y con la mutua influencia entre el psicoanálisis y la teoría social y la política contemporánea. Por último, algunos/as están interesados/as en la historia del psicoanálisis y otras disciplinas afines como el enfoque de relaciones grupales y el desarrollo de la cultura terapéutica” (www.uwe.ac.uk/research/centres/pss). Un reporte sobre las aspiraciones del centro realizado por Clarke y Hoggett (2001) confirma el enfoque psicoanalítico y teórico social del trabajo; existe, de hecho, poca evidencia en su material sobre un compromiso con la psicología más tradicional o la psicología social, excepto posiblemente en el área directiva, y los miembros del personal son principalmente sociólogos y teóricos sociales.

Estas iniciativas sugieren que el campo de los estudios psicosociales ha emergido muy a la distancia de la psicología en el Reino Unido. De hecho, el campo ha surgido principalmente desde disciplinas que sostienen una relación crítica con la psicología académica –sociología y psicoanálisis–, con aplicaciones tales como el trabajo social y los estudios de la cultura. Esto significa que la base intelectual para los estudios

psicosociales se encuentra en oposición a la psicología o al menos aislada de ella. Además, dado que los estudios psicosociales participan en la tarea (en gran parte posestructuralista) de examinar las condiciones para el conocimiento de las cuales surge el poder disciplinario, las bases de su trabajo en psicología en realidad recaen fuera de la psicología, en la teoría social, la filosofía de la ciencia, la lingüística, los estudios culturales, la teoría crítica, el psicoanálisis, y los estudios del discurso. Por ejemplo, su término clave, aparte de la palabra “psicosocial” propiamente, es probablemente la de “sujeto” humano como ha sido utilizado en estudios posestructuralistas contemporáneos. Este término (irónicamente utilizado en psicología tradicional para referirse a los “objetos” sobre los cuales se realizan los experimentos) es elegido conscientemente para reflejar un conjunto de ideas fluidas y contradictorias “que se deslizan entre la noción lingüística del sujeto de la oración, la noción psicológica de la entidad humana individual con agencia y subjetividad, y la noción político/social de estar *sujeto a* algo más extenso que uno mismo” (Frosh, 1999a: 837-8). Lo que es central aquí es la ambigüedad en la noción del sujeto: es a la vez un centro de agencia y acción (un usuario del lenguaje, por ejemplo) y el sujeto de (o sujeto a) fuerzas que operan desde otro lugar –ya sea “la corona”, el estado, el género, la *raza* y la clase, o el inconsciente. El punto importante es que el sujeto no es una entidad pre-determinada o algo que se encuentra a través de la búsqueda, sino que es más bien un sitio en el que hay líneas de fuerza entrecruzadas y fuera de las cuales emerge esa característica inapreciable de la existencia humana: la subjetividad.

De lo que se ha argumentado anteriormente, parece que mientras la psicología académica ha sido objeto de críticas debido a sus hipótesis fundamentales sobre el conocimiento y la ciencia, y mientras esta crítica alimenta lo que podría ser útilmente denominado *estudios psicosociales* como un conjunto de enfoques que ofrecen una deconstrucción de la dicotomía tradicional entre lo individual (la psique) y lo social; los estudios psicosociales han surgido en gran medida desde fuera de la disciplina de la psicología. La consecuencia es que esto permanece marginalizado dentro de la psicología, con una noción de lo *psicosocial* atribuida a estudios bastante convencionales sobre influencias sociales en el comportamiento individual. La psicología por si misma mantiene una posición bastante franca hacia la presunta acumulación de conocimientos, con la aportación crítica que los estudios psicosociales podrían proporcionar al ser canalizados a otro lado. Mi sugerencia en este punto es que esta “des-psicologización” de los estudios psicosociales representa una importante oportunidad perdida. Por diversas razones ya expuestas con anterioridad en esta introducción, el enfoque crítico que los estudios psicosociales pueden ofrecer es importante para comprometerse con, y cambiar, algunos de los supuestos más arraigados y limitantes en la empresa de conocimiento de la psicología tradicional.

Con estas ideas preliminares en mente, este artículo explica los “principios” o posibles *supuestos fundacionales* a los que los miembros del Centro de Estudios Psicosociales de la Facultad de Psicología de Birkbeck, en la Universidad de Londres se han suscrito, a fin examinar lo que significan y las implicaciones que podrían tener para la psicología. Siguiendo esta misma línea, quiero articular brevemente algunos problemas que se producen recurrentemente mientras intentamos trabajar de acuerdo a tales principios, porque estos me parecen la expresión de verdaderas luchas intelectuales en el área. El objetivo aquí es examinar lo que sucede cuando los estudios psicosociales surgen en un departamento académico de psicología; prestando especial atención en cómo emergen principios de trabajo que están relacionados con los supuestos de la psicología como disciplina y lo que sucede cuando se intenta ponerlos en práctica. El objetivo específico de este artículo es dar cuenta de las promesas y peligros de los estudios psicosociales; considerando esto como una herramienta viable para enriquecer la psicología tanto conceptualmente como en su práctica.

Principios fundacionales de una forma de estudios psicosociales basados en la psicología

El Centro de Estudios Psicosociales de Birkbeck fue “formado en el año 2000 para reflejar los intereses de investigación y enseñanza de un grupo importante del personal académico de la Facultad de Psicología, quienes están comprometidos con la investigación y la enseñanza interdisciplinar centrada en el entrelazamiento de inquietudes psicológicas y sociales” (www.psyc.bbk.ac.uk/cps). Surgió a partir de un intento por desarrollar un espacio para el pensamiento crítico en psicología, con un foco (como se verá más adelante) en la psicología social y discursiva, los métodos de investigación cualitativa y las cuestiones psico-políticas. El centro tiene una serie de cursos de formación de posgrado, especialmente en diferentes psicoterapias tales como terapia familiar, análisis grupal y orientación psicodinámica. Como tal, el centro combina dos tendencias tradicionalmente marginales en psicología –la formación de psicoterapeutas y la crítica social– que operan no sólo con la cultura de un departamento de psicología tradicional (la cual incluye algunos neurocientíficos cognitivos muy exitosos e investigadores sociales y familiares aplicados), sino que también es atendido principalmente por académicos con formación en psicología. Una de las muchas consecuencias de ello es que el centro ha trabajado con una tensión entre el desarrollo de las ideas críticas sobre la corriente dominante de la psicología, y la lucha por ser lo suficientemente bueno en términos de investigación y enseñanza para mantenerse dentro de las expectativas académicas de la propia disciplina.

Los principios en los que se basa el centro se formularon en el momento mismo de su creación como:

- preocupación por el ser humano como entidad social;
- interés por el surgimiento de la subjetividad en el ámbito social;
- interés en la crítica, definida como una preocupación por cuestiones ideológicas en psicología;
- pluralismo metodológico, incluyendo una reivindicación del valor de la investigación cualitativa y teórica, así como de la investigación cuantitativa más tradicional;
- pluralismo teórico, incluyendo el interés en discursos tradicionalmente marginados en la psicología académica (por ejemplo, el psicoanálisis, la teoría de sistemas, la teoría feminista, la fenomenología);
- interés por enfoques inter y transdisciplinarios hacia la teoría y la investigación psicológica;
- interés en el cambio personal y social, incluyendo la psicoterapia.

A continuación, cada uno de estos principios es brevemente presentado como una forma de explorar, a través de nuestra experiencia, cómo los estudios psicosociales pueden informar y cuestionar el trabajo psicológico.

La preocupación por el ser humano como entidad social

Este principio no niega que el ser humano es *también* alguna forma de entidad “biológica”. Sin embargo, dirige su atención a la problemática central de los estudios psicosociales, una que previamente ha ocupado a los/as sociólogos/as pero raras veces a los/as psicólogos/as: ¿qué significa teorizar un sujeto como *siempre social*, “imbricado” como los posestructuralistas solían decir, o mejor aún, *construido en y de socialidad*? ¿Cómo podemos pensar este problema sin encontrarnos de nuevo en el callejón sin salida de la psicología social tradicional que tiende a dar por sentado al “individuo” y preguntar cómo él o ella interactúan e interpretan lo social, asumiendo la existencia de una esencia individual separada de su socialidad? La posición general implicada en este primer principio es la interesante pregunta sobre cómo este “individuo” viene a ser un producto de las diversas fuerzas sociales que actúan sobre la subjetividad.

Este enfoque tiene obvias afinidades con el construccionismo social (Burr, 1995; Gergen, 1994), con su afirmación de que el conocimiento es negociado e inventado a partir del material disponible a través de los medios sociales e interpersonales, y que este conocimiento es auto-

referencial en tanto construye al sujeto cognoscente al tiempo que se produce. Lo que se convierte en un problema en esta línea de pensamiento, es la pregunta compleja de cómo el sujeto construido socialmente puede ser teorizado como algo más que una “marioneta” de la ideología; es decir, pueden ser esos sujetos más que solo las condiciones sociales que dan lugar a ellos, ¿puede su sentido de agencia (incluso relativa) ser tomada en serio? Aquí, trabajos recientes sobre el poder nos resultan útiles, ya que esto sugiere la aceptación de la idea de que las personas son estructuradas por fuerzas sobre las que no tienen control, y que su enlace con el mundo se ve afectado continuamente por dichas fuerzas; lo cual no es lo mismo que proponer que las personas no tienen agencia, capacidad de influir, comprender, resistir o rebelarse. Judith Butler (1997) apunta en la misma dirección cuando distingue entre dos tipos o modos de poder al argumentar que “el poder considerado como una condición del sujeto no es necesariamente lo mismo que el poder considerado como lo que se dice que el sujeto ejerce” (p. 12). Los sujetos se construyen por y en el poder; es decir, están constituidos por fuerzas sociales que descansan fuera de ellos, en el funcionamiento del mundo. Pero esto no significa que los sujetos no tengan ninguna capacidad de agencia; más bien, su estado de agencia es con lo que están producidos, lo que les permite apoderarse de la energía y usarla. Nuestra posición en el lenguaje ejemplifica esto: sin estar “sometido a” las estructuras y al contenido específico de un idioma en particular, no podemos convertirnos en seres humanos, capaces de comunicación uno con el otro y de representar objetos de una manera socialmente significativa. La insistencia Humpty-Dumpty que las palabras deben decir exactamente lo que el/la hablante quiere que signifiquen es una receta, tal vez incluso una definición, para la psicosis. Sin embargo, el lenguaje no se desplaza y cambia por decreto, sino como un producto de las formas en las que es hablado y entendido por sus usuarios; y cada uno/a de nosotros/as puede tratar de ser creativo/a y completamente novedoso/a en la forma en que hacemos esto. Así que el lenguaje restringe lo que se puede decir pero también abre un espacio a los sujetos para ejercer un control sobre éste.

Esto no libera a las personas de las operaciones externas del orden social, pero sí las dota de una subjetividad con riqueza de imaginación, si uno/a lo quiere pensar de esa manera. Esto significa que están involucradas con el ejercicio del poder y no son sólo sus obedientes y leales “sujetos”. Esto se puede ver más aguda y quizás polémicamente en los relatos que dan los grupos marginados sobre su identidad. Por ejemplo, los estudios de los chicos que han abusado sexualmente de otros niños tienden a posicionar a estos chicos como perturbadores y perturbados, a menudo desde dentro de un discurso medicalizado (Emerson y Frosh, 2001). El trabajo en nuestro centro muestra que estos niños pueden ser vistos como la encarnación de ciertos rasgos de masculinidad “hegemónica” (Connell, 1995); y de una lucha activa por manejar y

reinventar su posición identitaria, a veces en formas claramente contra-hegemónicas (Emerson y Frosh, 2004).

Lo que aquí se pondera es la apreciación de las ambigüedades y ambivalencias del poder al momento que opera sobre, a través y dentro del sujeto, ya que es operado *por* el sujeto mismo. Ninguna forma de poder se puede reducir a otra. En lugar de ello, el sujeto emerge a través de las operaciones del poder, pero también se levanta sobre y contra éste: es decir, como sostiene Foucault (1979), donde el poder opera también lo hace la resistencia a ese poder, y esta resistencia no es tan solo una respuesta habitual, sino una construcción activa del ser. Reiterativo, coercitivo en su propia definición, el poder opera para hacer que ciertas cosas sucedan, tanto en el interior como en el exterior del sujeto, pero la forma en que opera es también para otorgarle al sujeto cierta otredad. Una gran tarea de la teoría es encontrar una manera de localizar este lugar en el que el poder, como la vida social en general, encuentra la mirada de su propia creación. Ambos atados y libres, más allá de lo que los forma existiendo solamente como consecuencia de los procesos de sociabilidad – este es el doloroso estado en el que los sujetos humanos tienen que utilizar la agencia y la imaginación para hacer algo de sí mismos.

El interés por el surgimiento de la subjetividad en el ámbito social

Estrechamente relacionado con el principio anterior, también se opone a la separación entre el “allá-afuera” del “aquí-adentro”, pero su atención está en las manifestaciones de la subjetividad en condiciones supuestamente objetivas del orden social. Hay varias maneras de tener en cuenta esto, la cuestión clave es encontrar maneras de describir los efectos de lo que podría llamarse “objetivación” (Miller, 1987) y lo que los lacanianos a menudo integran en la noción de narcisismo –esa propensión a descubrir en el aparente mundo “exterior”; en el dominio de lo “objetivo”, lo que pareciera pertenecer o por lo menos tener su origen en el “interior”. Esto representa una actitud notablemente diferente hacia la “objetividad” que es abarcada por gran parte de la psicología, con sus supuestos realistas y los intentos por “controlar” las expresiones de la subjetividad. El concepto psicoanalítico de fantasía es quizás la expresión teórica más potente sobre la interpelación de lo subjetivo en lo social, en tanto sugiere que (al menos en su forma kleiniana, particularmente cuando se combina con la noción de identificación proyectiva –Hinshelwood, 1991) esa fantasía no es “sólo” algo que ocupa un espacio interior como una especie de mediación de la realidad, sino que también tiene efectos materiales: dirigiendo las actividades de las personas e invistiendo el mundo social con significados. Es decir, para entender la acción y la experiencia humana, desde su más profunda intimidad hasta su política más flagrante, uno tiene que saber cómo pagar su deuda a la fantasía.

A partir de una perspectiva un poco diferente (lacaniana), Slavoj Žižek (1994) comunica las implicaciones sociales de esta visión en su articulación sobre la manera en que la fantasía podría regular las relaciones de los individuos y colectivos consigo mismos y con los demás. Escribiendo en la estela del nuevo nacionalismo que hizo explosión en Europa después de la desaparición de la Unión Soviética, él argumenta que para comprender la intensidad y aparente irracionalidad de las luchas internas y racismo atávicos que plagan la escena contemporánea, uno tiene que desarrollar una comprensión de la estructura inconsciente de las fantasías en torno a las cuales, por ejemplo, el repudio hacia la otredad esta organizado. Para Žižek, esta es una estructura de *exceso*, que no puede ser explicada por “realidades” socio-políticas o creencias explícitas. Más precisamente, los reportes de los fenómenos sociales que desatienden un examen detallado de la investidura (Žižek lo llama “goce”) de la fantasía quedarán abstraídos de las actividades de las personas involucradas. En este preciso sentido, Žižek (1994) apunta –exagerando el caso– “la guerra es siempre también una guerra de fantasías” (p. 78). Jacqueline Rose (1996) también, argumenta que la fantasía debe estar “en el corazón de nuestro vocabulario político” y comenta:

Al igual que la sangre, la fantasía es más espesa que el agua, demasiado sólida –contra otras suposiciones familiares de la fantasía, como carente de fundamento, no suficientemente sólida. (p. 5)

Como Žižek, Rose identifica la naturaleza material de la fantasía, la forma en que tanto sus procesos como sus efectos pueden ser vistos. Además, la cuestión no es sólo la de *reconocer* la fantasía, tomando en cuenta en el armado completo de un acontecimiento: es la fantasía la que alimenta la política y viceversa, incluso podría ser más lo primero que lo segundo. Por supuesto que esto no es un evento causal unidireccional, la subjetividad no puede ser reducida a la fantasía y nada más: incluso dentro del psicoanálisis, el funcionamiento del “mundo interno” se considera como algo más complejo que eso (Frosh, 1999b). Algunos psicoanalistas también han comenzado a comprometerse plenamente con la idea de que, lo que es tomado como “interno” al sujeto tiene su premisa en, y está en constante tensión con, lo que es el afuera o “lo otro” (Fonagy y Target, 1996; Laplanche, 1997). A pesar de lo anterior, lo que los estudios de racismo y odio social revelan en particular (Frosh, 2002a; Žižek, 1994), es que siempre existe algo de excesivo en el funcionamiento psíquico, y que este “exceso” se filtra en lo social, estructurándolo y dándole intensidad y significación. La dialéctica aquí, usando un término un tanto pasado de moda, es paradigmática: lo social es psíquicamente investido y lo psicológico es formado socialmente, ninguno tiene una esencia aparte del otro. Del mismo modo en que necesitamos una teoría de cómo la “otredad” entra en lo que usualmente llamamos el “yo”,

requerimos conceptos que apunten hacia las formas en que lo “subjetivo” se encuentra también allí.

El interés por la crítica, definida como una preocupación por cuestiones ideológicas en psicología

Ya estará claro que un principio fundamental de los estudios psicosociales tratados en el presente artículo, es que ofrecen un apalancamiento crítico sobre las teorías y prácticas psicológicas. Este es un punto clave si los estudios psicosociales se sostienen en la conciencia de la naturaleza social e históricamente construida de la disciplina de la psicología como un todo, y de su “objeto de estudio”, el sujeto psicológico, en particular. Desde la perspectiva de una aproximación crítica a la psicología, es evidente que el trabajo de la psicología no puede ser interpretado como una mera “resolución de problemas”, el término dado por Kuhn (1970) a la actividad científica que tiene lugar dentro de límites aceptados, cuando el paradigma general de lo que es valioso en una disciplina es indiscutible. Es bien sabido en las exploraciones sociales, históricas y discursivas (por ejemplo Henriques et al., 1998), y es vivido la experiencia de trabajar en los departamentos de psicología académica, que la psicología tiene una historia específica relacionada con las condiciones particulares de surgimiento que la han hecho lo que es, y que rasgan una falsa superficie de las normas aceptadas (por ejemplo, el modelo científico para medir el buen trabajo) donde hay confusión.

La mera abrasividad de los descubrimientos alrededor de la genética y la psicología evolutiva, o la legitimidad del psicoanálisis, o la relevancia del feminismo, o la historia de la participación de la psicología en el racismo, sugiere que lo que está ocurriendo es una lucha entre las diferentes formas de conceptualizar la psicología, más que simplemente las mejores estrategias de experimentación e investigación (por ejemplo, Dalal, 2002; Segal, 1999). Un enfoque crítico en el contexto de los estudios psicosociales significa tomar en serio esta lucha, considerándola un indicador de la problemática actual de la psicología más que una molestia técnica debido a que los mejores métodos no han sido elaborados. Desde una perspectiva psicosocial, todo el trabajo psicológico –ya sea que se llame a sí tradicional o “crítico”– exige un examen constante que revele relaciones de poder y dominación, supuestos sobre la “naturaleza humana”, y las conexiones entre lo que es tomado como lo “psicológico” y lo que no lo es (lo convencionalmente llamado “social”). A este respecto, algo del trabajo teórico derivado de nuestro centro es un recordatorio de que no sólo la propia psicología necesita un escrutinio por su reciclaje de supuestos incuestionables, sino que lo mismo puede ser aplicado para los propios estudios psicosociales. Estos ejemplos incluyen compromisos con “nuevos” temas como la masculinidad, los cuales algunas veces puede

significar un alejamiento de las luchas importantes (Segal, 1999), o el “giro discursivo” en psicología, que puede derivar en una reducción de lo que es sabido solo a lo que puede ser dicho (Frosh, 2002b).

El mantenimiento de una postura crítica se vuelve especialmente significativo debido a la contribución que la psicología misma hace para la construcción de su propio sujeto; es decir, debido a que la psicología trata con sujetos humanos como su tema de estudio, sus pretensiones de conocimiento son por sí mismas esfuerzos de poder. Esto puede ser visto claramente en la historia de las teorías psicológicas sobre “raza”; el uso que se hace de la “experiencia” psicológica para generar políticas sociales es también relevante. Más generalmente, las formas en que las personas se conciben a sí mismas se debe en gran medida a teorías psicológicas influyentes, particularmente psicoanalíticas y biomédicas quizás (piensa en cómo la etiqueta del TDH se aplica ahora, y las personas utilizan en forma rutinaria “represión sexual” o nociones tales como “trauma” o “*pasaje al acto*” para explicar su propio comportamiento y el de otros). Las subjetividades contemporáneas están gobernadas de modo considerable por percepciones de la psicología, particularmente donde las demandas sobre el estatus científico son enunciadas y aceptadas. En cambio, las teorías psicológicas sacan fuerzas de los supuestos del “sentido común” (que está, ideológicamente inscrito) y las formas de simbolizar la experiencia prevalente en la cultura. Explorar la manera en que la psicología se convierte en un recurso para la construcción de significado en la vida cotidiana, y la importancia que esto tiene en la comprensión que las personas tienen de sí mismas y del mundo, forma parte de la amplia agenda crítica de una perspectiva psicosocial, ligada como está al argumento general de que el sujeto humano está hecho en y a partir de los procesos sociales.

Pluralismo metodológico, incluyendo una reivindicación del valor de la investigación cualitativa y teórica, así como de la investigación cuantitativa más tradicional

A pesar de que sin duda debe haber espacio para la investigación cuantitativa en el ámbito de los estudios psicosociales, particularmente en relación con los beneficios estratégicos que pueden aportar para influir en la política social (por ejemplo, Tasker y Golombok de 1997, cuyo trabajo sobre crianza de hijos de lesbianas se ha utilizado en casos legales sobre cuidado de niños), con lo que no estamos satisfechos es con la rutinaria y acrítica confianza en los modelos positivistas de medición y control que han caracterizado a la psicología a través de gran parte de su historia moderna. Los estudios psicosociales han incluido en ellos un esfuerzo por recuperar o construir significados, es decir, trabajan en un terreno ya minado por la fenomenología, la teoría crítica y el psicoanálisis, en el que

se da prioridad al trabajo interpretativo. Se trata de una afirmación del valor de los métodos cualitativos e interpretativos (algunos de los cuales tienen una larga historia en otras ciencias sociales ortodoxas como la antropología), a pesar de sus dificultades para establecer la estabilidad y generalización de resultados. Estas cuestiones han sido debatidas plenamente por feministas y otros/as investigadores/as cualitativos/as y críticos/as (Emerson y Frosh, 2004; Henwood y Pidgeon, 1992; Smith, 2003); el punto clave aquí es que la investigación cualitativa es parte de una revolución paradigmática que afecta a las ciencias sociales y psicológicas que han contribuido a la erosión de la hegemonía de la ciencia empírica tradicional al momento de determinar pre-eminentemente lo que cuenta como conocimiento. Esto incluye el impulso de un paradigma constructivista más que de uno representacional para la comprensión del lenguaje; esto es, porque la experiencia es producida constantemente en el lenguaje, la investigación se preocupa por recopilar y analizar formas discursivas, habla y texto. El análisis de los datos primarios de dicho material busca demostrar los discursos a los que la gente recurre, cómo estos construyen o constituyen identidades o posiciones subjetivas y previenen o marginan otras, y qué cuestiones del poder y la práctica social están ligados a ellas.

En la práctica, mucha de la energía que alimenta las metodologías psicosociales se dirige a explorar las maneras en que las subjetividades son constituidas relacionamente y a través de procesos institucionales y sociales. Como ya fue señalado anteriormente, esta es una posición muy distinta a la adoptada por la psicología académica dominante, misma que se caracteriza por una sospecha (a veces a un nivel casi fóbico) de lo “subjetivo”, debido a la aparente distorsión que ello puede provocar en los resultados. Gran parte de la investigación psicológica sostiene una teoría clásica de la medición en la cual se asume que existe cierta “puntuación verdadera” en el mundo que tiene que ser descubierta con nuestros esfuerzos obstaculizados por el “error”; incluyendo ese introducido por los sentimientos y creencias de investigadores/as y participantes por igual. Esto es a pesar de que ha existido una profunda crítica de la teoría clásica hacia la teoría de la generalización desde hace más de 30 años (Cronbach et al, 1972). La investigación psicosocial, comprometida con la idea de que la subjetividad está construida en contextos sociales, ha tratado el plano de la investigación como uno de esos contextos, prestando atención a la manera en que participantes e investigadores/as trabajan para crear sentido, y cómo ello podría reflejar las estructuras dentro de las cuales se encuentran. Este procedimiento es visible en el peso dado a entrevistas reflexivas con estilo narrativo que reconocen que cada encuentro es un sitio para la generación de nuevas posiciones identitarias. Por ejemplo, en la investigación llevada a cabo por Frosh et al (2002) acerca de las “masculinidades” emergentes en niños de las escuelas de Londres, resultó claro que estas masculinidades fueron “hechas” (que los participantes se

estaban “construyendo”) de modo que eran propias del contexto de investigación (por ejemplo, ellos actuaban de manera muy diferente en grupo y en entrevistas individuales). En lugar de ver estas diferencias como el reflejo de un "error", las vemos como manifestaciones del uso que los chicos hacen de las estructuras discursivas de la masculinidad dado que se encuentran en situaciones particulares de interacción, y vuelven esta parte del sujeto la materia de nuestra investigación.

La preocupación por la subjetividad como un foco clave para la investigación marca una distancia entre las tendencias psicosociales de la investigación y la investigación sobre la identidad más característica de la psicología social británica, por ejemplo en la teoría social de la identidad y su característica metodología de “experimento en grupos mínimos” (por ejemplo, Tajfel, 1984; ver también Billig, 2002). Esto, sin embargo, se vincula con los enfoques adoptados por investigadores de orientación psicodinámica, especialmente en términos de estudios observacionales que prestan una seria atención a los procesos ocurridos en el/la observador/a, usándoles como fuente para comprender la dinámica de la situación observada (Hinshelwood y Skogstad, 2000). En términos más generales, la investigación psicodinámicamente orientada ha adoptado modelos etnográficos y de estudio de casos que dan cabida a un enfoque centrado principalmente en descubrir la manera en que el conocimiento surge a partir de los sistemas de interacción, y en cómo las experiencias de los participantes requieren una cuidadosa exploración analítica y un adecuado análisis interpretativo, equilibrando una preocupación por los datos recabados y un interés por la manera en que ciertas consideraciones personales e institucionales pueden estar sirviendo a funciones “defensivas”, o al menos retóricas (Trist y Murray, 1990). Los problemas que rodean estos enfoques psicodinámicos pueden observarse en algunas discusiones recientes en torno a la tensión entre enfoques discursivos y psicoanalíticos (Frosh et al, 2003; Wetherell, 2003), particularmente en relación a lo que podría considerarse como una evidencia que justifique una interpretación del material de entrevista.

Aunque el giro discursivo mencionado anteriormente ha sido muy productivo para la psicología crítica y potencialmente para los enfoques psicosociales, existen numerosas problemáticas integradas en el giro al discurso, lo cual es una de las razones por que los estudios psicosociales necesiten mantener un marco pluralista, reconociendo el carácter parcial de todas las demandas al conocimiento. Estas problemáticas incluyen preguntas sobre la legitimidad de estrategias interpretativas particulares y la posibilidad de que la focalización en el lenguaje conduzca al descuido de otras modalidades psicológicas, sociales o históricas significativas, tales como la espiritualidad o el trauma (Frosh, 2002b). Aquí es donde la importancia del trabajo teórico debe ser reiterada, cuestionando y replanteando constantemente análisis de datos, y desafiando las

interpretaciones que se plantean. En efecto, hay mucho que decir a favor de la tesis de que la psicología sufre por tener demasiados datos en un contexto de muy poca teoría; en muchos aspectos, por ejemplo, los avances más sorprendentes en el área psicosocial han sido producidos por intervenciones teóricas radicales tales como las de Foucault, en lugar de los nuevos “descubrimientos” empíricos.

Pluralismo teórico, incluyendo el interés por discursos tradicionalmente marginados en la psicología académica (por ejemplo, el psicoanálisis, la teoría de sistemas, la teoría feminista, la fenomenología)

La teoría que uno/a utiliza, sin embargo, es de suma importancia. La psicología académica, siguiendo el camino principal de la epistemología positivista e idealizando las ciencias naturales, ha generado un gran número de micro-teorías dentro de sus fronteras, pero también ha excluido sistemáticamente una variedad de posiciones que podrían causar problemas –es decir, que son potencialmente críticas o, al menos, que ensalzan las virtudes de puntos de vista alternativos–. Aquí enlistamos algunas que abarcan las principales posiciones que se encuentran en nuestro grupo, ellas no son en modo alguno homogéneas o de hecho faltas de contradicción (el psicoanálisis a menudo ha estado en desacuerdo con el feminismo al igual que con la teoría de sistemas, la fenomenología tiene su propia herencia filosófica sustancial que a veces se ha dibujado en el psicoanálisis, en otras ocasiones se ha opuesto a ella, las feministas han sido las principales críticas de la teoría de sistemas, así como algunas de las principales elaboradoras de la misma). Sin embargo, lo que une a estas teorías es su postura interpretativa además de su importancia en el terreno más amplio de las ciencias sociales y su marginalidad en la psicología. Las sustanciales e independientes bases filosóficas de estos enfoques como grupo les dan influencia crítica (ellas están fuera, en lugar de incorporadas dentro de la psicología), así como un gran atractivo en el intento de crear una psicología comprometida con los significados y las formas sociales.

Notablemente, también éstos se encuentran entre los enfoques reflexivos, en el doble sentido, tanto reconociendo el impacto del proceso de investigación en los/as investigadores/as y participantes, y teniendo mucho que decir acerca de los procesos y la ética de la investigación y la teoría en sí. En la medida en que los estudios psicosociales son un esfuerzo personal y político, examinando las posiciones que todos/as tomamos como sujetos psicosociales, esta reflexividad es un punto crucial: teorizar tiene efectos –o, en términos más humanistas, pensar acerca de nosotros/as mismos/as es (esperamos) una manera de lograr un cambio–.

El interés en los enfoques inter y transdisciplinarios para la teoría e investigación psicológica

Este “principio” se articula por separado para destacar el punto de que los fundamentos teóricos y metodológicos de los estudios psicosociales transgreden fronteras disciplinarias, debido al reconocimiento de que estos límites no están pre-determinados, sino que constantemente son negociados como parte de aspiraciones ideológicas y políticas de la disciplina. Recurrir a los enfoques transdisciplinarios significa utilizar ideas transversales que pueden ser profundizadas así como desafiadas por entendimientos psicológicos. Los ejemplos aquí incluyen modelos de trabajo interpretativo característico de los estudios literarios (Andrews et al., 2000), crítica epistemológica derivada de la filosofía, los estudios poscoloniales y la política (Segal), así como el uso empírico de un construccionismo social localmente enraizado en el marco característico de la antropología (Frosh et al., 2002). Estos enfoques, precisamente porque se originan fuera de la psicología, ofrecen alternativas a las convenciones del estudio empírico dentro de la disciplina; en particular, es desde otra parte que nuestra metodología base, el estudio cualitativo, se origina. En su parte más estrecha, esto significa que los supuestos y hallazgos de la práctica psicológica siempre son puestos en duda por posibles marcos de referencia alternativos; en términos más generales, el reconocimiento y el uso de teorías y métodos desarrollados en otras ciencias sociales y en las humanidades constituyen una forma de desafiar la tendencia de la psicología a absolutizar las verdaderas demandas. Los modelos de motivación, representación, deseo e imaginación: son las preocupaciones compartidas por una amplia gama de disciplinas, cada una con tendencia a reclamar información privilegiada; girar estas diversas perspectivas dentro y fuera de cada una de ellas es una forma de mantener en mente la naturaleza fluida y múltiple de la “realidad” psicosocial.

El interés en el cambio personal y social, incluyendo la psicoterapia

Por último, como lo demuestra la estrecha relación entre teorías psicológicas y psicosociales, y enfoques de la psicoterapia (por ejemplo, psicoterapia psicoanalítica o terapia familiar sistémica), existen sustanciales implicaciones y aplicaciones del trabajo psicosocial para el cambio personal y social. Gran parte de los estudios psicosociales pueden ser replanteados como una exploración de los procesos de cambio producidos a nivel personal, microsociales y macrosociales, y un examen de las investiduras psicológicas en el cambio y en la resistencia a éste. ¿Qué es lo que produce diferenciación, empoderamiento, liberación; o, por el contrario, qué se opone a ello? ¿Por qué la gente sigue enamorada de sus cadenas? Estas son preguntas fundamentales y convencionales en los confines de la psicoterapia y la acción social. Sin embargo, el proyecto

psicosocial aquí es complicado por el hecho de que las prácticas psicoterapéuticas no son uniformemente progresivas en su política o en sus efectos. De hecho, gran parte de los comentarios sobre la psicoterapia, del feminismo a la teoría crítica, han sido dirigidos hacia el conformismo incrustado en sus fundamentos y prácticas: adaptacionista, elitista, ideológica, dominante, patriarcal, burguesa (Frosh, 1999b). Es decir, existe un argumento real acerca de que la mayoría de las psicoterapias se encuentran arraigadas dentro de una clase particular de epistemología modernista que asume la posibilidad de la maestría, la integración y el auto-desarrollo, y que a menudo desdeña el aspecto “social” del sujeto psicosocial. Este último principio que guía el trabajo psicosocial es entonces formulado con mucha cautela, no como un compromiso con alguna forma particular de hacer psicoterapia –o incluso *psicoterapear* como un bien básico, que puede o no ser– sino más bien como un interés en cuestiones sobre el cambio social y personal, y cómo tal cambio ocurre (que podría ser o no a través de la psicoterapia) o es resistido. Entre otras cosas, esto significa que los estudios históricos y locales son relevantes para nuestro trabajo, incluso cuando nuestro foco principal es psicológico, debido a que la revisión de la alternancia en la acción y la experiencia en tiempo y lugar podrían revelar mucho sobre las condiciones que facilitan e inhiben las condiciones para el cambio.

Hacer trabajo de estudios psicosociales

Las secciones anteriores de este artículo han explorado una serie de principios para el establecimiento de un enfoque de estudios psicosociales dentro de la psicología, esto en oposición a la ubicación sociológica más habitual de tal empresa. Se ha argumentado que existe una serie de supuestos psicológicos y posiciones ideológicas que son “deconstruidas” por los estudios psicosociales, y se han brindado ejemplos de cómo esto podría ser realizado. Sin embargo, declarar o formular un conjunto de principios es una cosa, y suficientemente difícil, pero ponerlos en práctica es otra. La escasez de iniciativas de estudios psicosociales en psicología no es algo accidental, pues existen obvias circunstancias contextuales, o si se prefiere “objetivas”, con las que hay que lidiar al estar situados/as en un departamento académico de psicología y paralelamente comprometidos/as en un trabajo interpretado a menudo como marginal. Esto tiene efectos en relación a las contradicciones entre directivos acerca de cómo la calidad investigativa debe ser evaluada (principalmente a través de publicaciones en revistas internacionales arbitradas con base al modelo científico, más que en libros y capítulos de libros, característica más propia de las humanidades y del costado teórico en la agenda de los estudios psicosociales), las dificultades para conseguir becas de investigación para los estudios que no reposan en la tradición experimental, y –una irónica espada de doble filo aquí– la tendencia a atraer (y por lo tanto encontrar el

tiempo para ello) un número relativamente grande de estudiantes de posgrado, todos/as con sus propios/as y diferentes intereses “marginales”, porque hay muy pocos lugares donde pueden continuar sus estudios con supervisores/as comprensivos/as. Estos factores pesan enormemente en los/las académicos/as que trabajan en el área, pero lo que quiero resaltar brevemente aquí son problemas de procedimiento que se aplican en nuestro centro, no porque desee utilizar cualquier foro público para resolverlos, sino más bien porque no me parecen precisamente personales sino genuinamente “psicosociales”; es decir, son problemas sistemáticos relacionados con el proyecto en el que estamos comprometidos/as, y los cuales han tenido un impacto notable en nuestro trabajo actual.

Diversidad de las perspectivas de investigación

La primera de estas cuestiones es una relativamente simple: a pesar de que todos/as los/as miembros del centro están inscritos/as en un proyecto compartido, hay una diversidad considerable en la gama de cuestiones que nos preocupan, y en las perspectivas que tomamos sobre ellas. Psicoanálisis, fenomenología, teoría de sistemas, análisis de grupo, feminismo, estudios culturales, investigación cuantitativa y cualitativa – todas ellas están representadas en un centro que consiste en un pequeño grupo de personal académico-. Además, los intereses de investigación se extienden a través de género y sexualidad, “raza”, etnicidad y racismo, religión, política, psicología de la salud, psicoterapia y así sucesivamente. En mayor o menor medida, todas estas son perspectivas y cuestiones que buscan representación en la psicología y nos vemos a nosotros mismos como portadores de ellas, reconociendo como problemáticas las suposiciones de la psicología sobre la homogeneidad en sus contenidos y métodos. Sin embargo, una política de la multiplicidad, que podría ser adoptada como principio base, crea su propia incoherencia al incrementar las dificultades para el trabajo conjunto y la creación de un lenguaje compartido a partir del cual una poderosa perspectiva psicosocial podría surgir.

Parte del problema aquí puede ser que los estudios psicosociales, al igual que la “psicología crítica”, son definidos de dos maneras opuestas: como un relleno, o como creadores de alternativas para la psicología dominante. El resultado puede ser que una amplia variedad de posiciones alternativas son recibidas sin ningún sentido claro de que están contribuyendo al trabajo de crear una posición distintivamente psicosocial. La necesidad del trabajo teórico riguroso resulta claro nuevamente, al igual que la voluntad de ver que los estudios psicosociales en sí mismos no son inmunes a la crítica.

Creación de una base de apoyo mutuo y trabajo conjunto dentro de una tradición académica individualista

Muchos/as académicos/as están profundamente sumergidos/as en su materia y en su propio trabajo intelectual; esto es, después de todo, su fuente de sustento y también la forma en la que su valía es medida. Con sus estructuras de ascenso y reconocimiento individualista, y en consecuencia, su ética social competitiva, la vida académica está plagada de rivalidades y sospechas. Nuestra visión de los estudios psicosociales es una que reconoce, deconstruye y cuestiona este individualismo; en su lugar –debido en parte a nuestra posición *marginal/izada*– busca crear un entorno en el que las ideas y las personas puedan ser apoyadas, además de encontrar un lugar creativo para ellas en un contexto de solidaridad. Como grupos políticos de todo tipo ya han encontrado, esto no es tarea fácil: las diferencias de posición y poder en el grupo producen efectos difíciles de controlar, la gente tiene ambiciones legítimas; los recursos son escasos, existe mucho trabajo del tipo que no necesariamente traerá un progreso y, más inquietante y sutilmente, hay un entorno de escrutinio en el cual el rendimiento de cada uno/a es continuamente evaluado/a.

Tratar de hacer algo productivo *juntos* se vuelve una lucha cuesta arriba debido a muchas de estas fuerzas. De hecho, esta es, precisamente la crítica que muchos/as psicólogos/as críticos/as harían de la vida académica, incluyendo la psicología dominante: que su individualismo milita en contra de la construcción de una disciplina psicológica creativamente reflexiva; pero al igual que otras luchas ideológicas, haciendo las cosas de manera diferente, incluso dentro de un grupo de colegas bien intencionados y de apoyo mutuo no siempre es una tarea sencilla. Con base en la tradición de la investigación psicodinámica y la consultoría de las organizaciones (Obholzer y Roberts, 1994), un camino a seguir aquí podría ser el escrutinio intenso de los procesos de trabajo, con más clarificación sobre los límites entre la actividad profesional y el apoyo personal, además de la construcción de alianzas entre diferentes agrupaciones “críticas”. Lo que se tiene que abordar particularmente es la familiaridad con la que, de manera siempre sorprendente, la sensación de aislamiento se acopla con las idealizaciones acerca de lo que puede lograrse en el trabajo grupal representado por nuestro centro, y puede conducir a una devastadora decepción cuando obstáculos internos, externos y, sobre todo, conflictos interpersonales se producen.

La intensidad de la investidura en las posiciones –reflexiva y personal/política además de “sólo” académica

Hay una complejidad adicional creada por el tipo de estudios psicosociales aquí descritos, que por supuesto se aplica en otros lugares, y es que la gente trabaja aspirando a tener abundancia. No sólo nuestro trabajo nos

importa en términos de lo que podría lograr instrumentalmente (progreso, renombre, tal vez más abstractamente “conocimiento”), sino que también es comúnmente trabajo *reflexivo*. Si, por ejemplo, escribo sobre la masculinidad yo estoy escribiendo sobre mí mismo; entonces, por ejemplo, la crítica de mis colegas hacia mi postura e insinceridad es una crítica personal. Esto también incluye la crítica estilística, porque uno de los más claros “descubrimientos” en nuestro tipo de trabajo es que los argumentos no son necesariamente (o habitualmente) anticipados por la presentación de los hechos, pero se movilizan retóricamente y adquieren fuerza convincente cuando abordan algunos aspectos de la experiencia de manera que se siente enriquecedor o emocionante –o se ajusta a los tiempos y sus ideologías (Billig, 1991). Con tanto en juego, no siempre es fácil encontrar maneras de participar en la discusión crítica que haga que las personas se sientan alentadas más que heridas, sin crear a su vez nuevas normas potencialmente coercitivas. Esto es así especialmente porque, de acuerdo a lo sugerido en la sección anterior, el contexto más amplio del trabajo académico es uno en el cual lastimar a otros/as a menudo se toma como un signo de virilidad, una especie de machismo intelectual. Nuestra experiencia aquí muestra que es importante llevar las discusiones cuidadosamente, si es posible ideando nuevos proyectos compartidos en los cuales las ideas puedan ser alimentadas, en vez de apresurarnos en la presentación y el debate de ideas o investigaciones individuales.

La consecuencia de un exceso de optimismo sobre la rapidez con que la crítica abierta puede ser tolerada, puede ser una ruptura más que una pérdida de la confianza, y una réplica hacia la competitividad que grupos como el nuestro se esfuerzan por afrontar. Dado que dichos grupos cargan comúnmente con ideales de ruptura y ansiedad acerca de la destructividad en un contexto institucional más amplio (en este caso, los departamentos de psicología, los cuales tienen una sorprendente ambivalencia acerca de sus lados “más blandos”) ello agrega intensidad a esta dinámica.

¿Dónde está la “unión” en lo “psicosocial” –está en la fusión de lo psicológico y lo social o se trata de un terreno por sí mismo?

Por último, existe una serie de cuestiones relacionadas con el “sujeto de estudio” de los estudios psicosociales, ya descrito o al menos insinuado anteriormente. La idea del sujeto psicosocial como un punto de encuentro de las fuerzas internas y externas, algo construido aún en construcción, un sujeto usando un potencial también sujeto al poder, es un sujeto difícil de ser teorizado, y nadie ha resuelto esta cuestión. ¿Qué tanto del sujeto individual está ahí, si tal cuestión es tan significativa? ¿Qué son las fuerzas sociales primarias y cómo ellas posicionan al sujeto? ¿Qué significa decir que tenemos “vida interior”, es esto algo irreductible, o una

fantasía, metáfora o alegoría? Cuando nos basamos en el post-estructuralismo y el posmodernismo para tratar de comprometernos con estas preguntas, ¿estamos perdiéndonos en abstracciones que son por sí mismas fantasías de conquista –el verdadero conocimiento libertador? Estas son preguntas reales, que indican diferencias significativas entre personas que se ven a sí mismas como trabajando psicosocialmente.

La psicología está tan implicada en una visión que hace del individuo lo primario, y existen razones aparentemente buenas ética, moral y científicamente para ver las cosas de esa manera, que repensar no sólo es "tener en cuenta" lo social sino ver lo social como aquello que construye lo personal, sin perder de vista la "realidad" de ese dominio personal, es una tarea bastante difícil. El problema con el trabajo que es más que solo "resolver problemas", es que mientras uno/a está frecuentemente desesperado/a por encontrar soluciones a problemas urgentes y sustanciales (por ejemplo, el sufrimiento psicológico en el contexto de la guerra, la migración, las dificultades, el abuso), uno a menudo debe reconciliarse para continuar irremediamente con preguntas sin respuesta.

Los estudios psicosociales testimonian repetidamente la omnipresencia de la complejidad, la ambigüedad y la incertidumbre, mientras parece ligarse al caso. Cuando uno/a da prioridad a los esfuerzos de creación de sentido por parte de la gente que se encuentra lidiando con situaciones difíciles (en nuestra investigación, se incluyen el abuso sexual y decisiones sobre el cribado genético; Chapman y Smith, 2002; Emerson y Frosh, 2001).

Conclusión

Este artículo ha presentado algunos principios para los estudios psicosociales en el contexto de la psicología y ha descrito algunas limitantes para el progreso en esta área. Algunas de estas limitantes son estructurales, relacionadas con la discontinuidad entre los supuestos característicos de la psicología académica y los de los estudios psicosociales. Otros obstáculos están relacionados con la marginalidad y la idealización endémica en sus intentos por "hacer psicología de manera diferente" dentro de un contexto académico en el que los valores dominantes son el individualismo y una limitada valoración del escrutinio intelectual. No obstante, el material aquí presentado, con ejemplos del trabajo del Centro de Estudios Psicosociales de Birkbeck y de otras partes, sugiere que hay un margen considerable para el desarrollo de una aproximación desde los estudios psicosociales que aborde cuestiones conceptuales y prácticas en la psicología desde una perspectiva crítica.

Agradecimientos

Este artículo fue escrito a partir de las experiencias del Centro de Estudios Psicosociales en el Birkbeck College, Universidad de Londres. Doy las gracias a mis colegas por sus comentarios sobre este artículo. Sin embargo, las opiniones expresadas y el análisis que figura en el artículo son mías.

Referencias

- Andrews, M., Sclater, S., Squire, C. y Treacher, A. (Eds). (2000). *Lines of narrative*. Londres: Routledge.
- Billig, M. (2002). Henri Tajfel's 'Cognitive aspects of prejudice' and the psychology of bigotry. *British Journal of Social Psychology* 41, 171–88.
- Billig, M. (1991). *Ideology and opinions: Studies in rhetorical psychology*. Londres: Sage.
- Burman, E. (1994). *Deconstructing developmental psychology*. Londres: Routledge.
- Burr, V. (1995). *An introduction to social constructionism*. Londres: Routledge.
- Butler, J. (1997). *The psychic life of power*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Chapman, E. y Smith, J. A. (2002). Interpretative phenomenological analysis and the new genetics. *Journal of Health Psychology* 7, 125–30.
- Clarke, S. y Hoggett, P. (2001). Psycho-social studies. *Journal for the Psychoanalysis of Culture and Society*, 2001, 6, 1–5.
- Connell, R. W. (1995). *Masculinities*. Cambridge: Polity Press.
- Cronbach, L., Gleser, G., Nanda, H. y Rajaratnam, N. (1972). *The dependability of behavioral measurements*. Nueva York: Wiley.
- Dalal, F. (2002). *Race, colour and the processes of racialization*. Londres: Routledge.
- Emerson, P. y Frosh, S. (2001). Young masculinities and sexual abuse: Research contestations. *International Journal of Critical Psychology* 3, 72–93.
- Emerson, P. y Frosh, S. (2004). *Critical narrative analysis*. Londres: Palgrave.

- Fonagy, P. y Target, M. (1996). Playing with reality: 1. Theory of mind and the normal development of psychic reality. *International Journal of Psycho-Analysis* 77, 217–33.
- Foucault, M. (1979). *The history of sexuality*, Vol. 1. Harmondsworth: Penguin.
- Frosh, S. (1999a). Subject. In A. Bullock y S. Trombley (Eds), *The Fontana/Norton dictionary of modern thought*, 3rd edn. Londres: Fontana/Norton.
- Frosh, S. (1999b). *The politics of psychoanalysis*. Londres: Macmillan.
- Frosh, S. (2002a). The other. *American Imago*, 59, 389–407.
- Frosh, S. (2002b). *After words: The personal in gender, culture and psychotherapy*. Londres: Palgrave.
- Frosh, S., Phoenix, A. y Pattman, R. (2002). *Young masculinities: Understanding boys in contemporary society*. Londres: Palgrave.
- Frosh, S., Phoenix, A. y Pattman, R. (2003). Taking a stand: Using psychoanalysis to explore the positioning of subjects in discourse. *British Journal of Social Psychology* 42, 39–53.
- Gergen, K. J. (1994). *Toward transformation in social knowledge*. Londres: Sage.
- Henriques, J., Hollway, W., Urwin, C., Venn, C. y Walkerdine, V. (1998). *Changing the subject*, 2nd edn. Londres: Routledge.
- Henwood, K. y Pidgeon, N. (1992). Qualitative research and psychological theorizing. *British Journal of Psychology* 83, 97–111.
- Hinshelwood, R. *A dictionary of Kleinian thought*. (1991). Londres: Free Association Books.
- Hinshelwood, R. y Skogstad, W. (2000). *Observing organisations*. Londres: Routledge.
- Kuhn, T. (1970). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: Chicago University Press.
- Laplanche, J. (1997). The theory of seduction and the problem of the other. *International Journal of Psycho-Analysis* 78, 653–66.
- Miller, D. (1987). *Material culture and mass consumption*. Oxford: Blackwell.
- Obholzer, A. y Roberts, V. (1994). *The unconscious at work*. Londres: Routledge.
- Rose, H. y Rose, S. (2001). *Alas poor Darwin: Escaping evolutionary psychology*. Londres: Vintage.

- Rose, J. (1996). *States of fantasy*. Oxford: Clarendon Press.
- Rose, N. (1999). *Governing the soul – The shaping of the private self*. Londres: Free Association Books.
- Segal, L. (1999). *Why feminism?* Cambridge: Polity Press.
- Segal, L. (en prensa). Thinking like a man? The cultures of science. *Radical Philosophy*.
- Smith, J. (Ed.). (2003). *Qualitative psychology*. Londres: Sage, 2003.
- Tajfel, H. (1984). Intergroup relations, social myths and social justice in social psychology. In H. Tajfel (Ed.), *The social dimension*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tasker, F. y Golombok, S. (1997). *Growing up in a lesbian family*. New York: Guilford Press.
- Trist, E. y Murray, H. (1990). *The social engagement of social science*. Londres: Free Association Books.
- Wetherell, M. (2003). Paranoia, ambivalence and discursive practices: Concepts of position and positioning in psychoanalysis and discursive psychology. In R. Harré y F. Moghaddam (Eds), *The self and others: Positioning individuals and groups in personal, political and cultural contexts*. New York: Praeger/Greenwood.
- Žižek, S. (1994). *The metastases of enjoyment*. Londres: Verso.

Fecha de recepción: 12 de octubre 2014

Fecha de aceptación: 21 de marzo 2015